

AGUSTÍN PABLO DE CASTRO: UNA GRAN OBRA PERDIDA

Roberto Heredia Correa

De aquella brillante pléyade de jóvenes jesuitas mexicanos que coincidieron en los años de formación y en el inicio del magisterio, y que emprendieron un movimiento renovador de los estudios durante los años 40 y 50 del siglo XVIII, José Rafael Campoy y Agustín Pablo de Castro compartieron un sino adverso: sus obras se perdieron. De Campoy dice Maneiro al referir sus últimos momentos:

Después de una cuidadosa diligencia en buscar esos papeles, no con poca tristeza advertimos que casi todo lo que este varón había escrito en Italia se había perdido, no sabemos por qué azar.¹

Y acerca de las obras de Castro apunta:

Muchos de sus escritos, es verdad, se perdieron en un incendio que él mismo provocó voluntariamente y cuyos vestigios nosotros vimos

¹ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro B., (Biblioteca del Estudiante Universitario, 74), México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, XXX+247 pp., p. 43.



Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional
Autónoma de México. Correo electrónico: rhc@hotmail.com

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 36, julio-diciembre del 2002.

conteniendo apenas las lágrimas; mas quedan otros, de los que si se publicara uno cualquiera, no permitiría que se borrara la memoria de tan gran varón.²

De Campoy no se conoce más que una carta.³ De Castro se imprimieron tres obras menores: la *Explicación del Arco erigido en la puerta del Palacio Arzobispal de México, a la gloria del Rey N. Señor D. Carlos III, en el día de su solemne proclamación...*, *El nuevo Ulises* y un *Elogio de Francisco Xavier Clavigero*. La primera fue compuesta en México; la segunda, una obra dramática, fue representada con igual propósito en Valladolid de Michoacán. La publicación de la primera parece segura;⁴ de la segunda nadie ha visto un ejemplar;⁵ el *Elogio* de Clavigero fue publicado en 1787 en una gaceta de Florencia.⁶ Por otra parte Miguel Valle Pimentel rescató algunas cartas y otros pequeños textos, latinos y castellanos, en su tesis de maestría presentada en 1962.⁷

Con toda justicia Castro ha sido considerado entre los principales promotores del movimiento renovador jesuítico en varias disciplinas: filosofía, oratoria, poesía y estudios jurídicos e históricos. Como profesor de filosofía su actitud ya fue señalada, aun cuando sea de manera general, por Bernabé Navarro, con base casi exclusiva en el testimonio de Maneiro; puede resumirse así:

Parece que en un principio se llenó de entusiasmo, tan grande como el de los otros padres, por los ideales nuevos, pero después, sobre todo en la enseñanza, no los siguió abiertamente por razones más o menos

² *Ibid*, p. 112.

³ Chávez Camacho, Armando, "Una carta desconcida del padre José Rafael Campoy, ilustre filósofo mexicano del siglo XVIII", *Revista de la Facultad de Humanidades*, No. I, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, enero-marzo de 1959, pp. 13-19.

⁴ Fue impresa en México en 1761 (Beristáin, Medina).

⁵ Fue impresa en México en 1762 (Beristáin, Medina).

⁶ *Gazzetta Universale*, 7 de abril de 1787, pp. 222-223. Cfr. Ronan, S. J., Charles E., *Francisco Javier Clavigero, S.J. (1731-1787), figure of the Mexican Enlightenment: his life and works*, Roma-Chicago, Institutum Historicum S. I., Loyola University Press, 1977, pp. 105-106.

⁷ Valle Pimentel, Miguel, *Agustín Pablo de Castro (1728-1790). Vida y semblanza*. Tesis para optar el grado de Maestro en Letras Españolas, México, Universidad Iberoamericana, 1962.

justificadas, sino que buscó “un camino intermedio”, es decir, una conciliación, quizá demasiado “conciliadora”, “un arreglo”... Sus pensamientos tienden por tanto al eclecticismo y a una moderada posición frente a Aristóteles.⁸

Maneiro proporciona otros datos significativos:

Nombrado profesor de filosofía en Querétaro, fácilmente ganó celebridad entre los ciudadanos y gran fama de sabio por un aplaudido discurso que por funciones de su cargo dijo en favor de la restauración de los estudios. En él, logrando un latín y una elocuencia perfectamente ciceronianos, desarrolló este pensamiento: España, al conservar a Aristóteles, ha sido muy prudente; pero será más afortunada si a Aristóteles junta los nuevos filósofos.

Aquí se hizo evidente desde un principio que el nuevo maestro propendía en su ánimo a enseñar aquella filosofía a la que vulgarmente se da el nombre de moderna; y en verdad propendía a ella, y lo habría hecho con sumo agrado, si no es que hubiese preferido atender a los vanos temores de algunos, que temblaban ante cualquier novedad de doctrina en filosofía como ante un caballo de Troya... En efecto, no explicó las muchas luces que aportaron a la filosofía Descartes, Leibnitz, Newton y otros modernos ilustres; pero, quitando el polvo al verdadero Aristóteles, propuso a los oyentes su auténtica doctrina, en lo cual tomó para seguirlo principalmente a Honorato Fabri...⁹

Ya el mismo Navarro señaló que la mención de Honorato Fabri resulta particularmente significativa para calificar la enseñanza de Castro; porque, si por formación e inquietud se inclinaba a la filosofía moderna e impugnaba la escolástica tradicional, el sistema de Fabri es una conciliación, ingeniosamente elaborada, de las teorías atomísticas modernas y el sistema aristotélico. Esto significa que debió enseñar algunas ideas, algunas teorías y algunos procedimientos de los filósofos modernos, aunque dentro de una tendencia ecléctica.

⁸ Navarro, Bernabé, *La introducción de la filosofía moderna en México*, México, El Colegio de México, 1948, p. 50.

⁹ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, pp. 77-78.

Esta simpatía de Castro por la filosofía moderna se ratifica con su afición juvenil por Tosca, Feijóo “y otros autores parecidos”, y aun por el mismo Bacon, cuya obra *De la dignidad e incremento de las ciencias* tradujo al castellano pocos años antes de su magisterio.

El desempolvamiento del verdadero Aristóteles es otro signo de la modernidad de Castro, pues una de las características de este grupo renovador fue el afán por volver a las fuentes auténticas de todas las disciplinas.

En su muy bien documentada tesis Valle Pimentel acota la opinión de Navarro y piensa con toda razón que, tratándose de su primera actuación como profesor, Castro debió juzgar imprudente comprometer la causa de la renovación, si tomaba una posición abierta e inútilmente intransigente.¹⁰ En efecto, debemos recordar que Campoy fue rechazado por el provincial como profesor de Latín en el colegio de Tepotzotlán, después de haberle sido recomendado por Diego José Abad, “no fuera a introducir entre los jesuitas jóvenes el nuevo método de enseñanza o un gusto no aprobado por los mayores”.¹¹ Después se le apartó de la enseñanza, cuando fue destinado al colegio de Veracruz, plantel que por entonces estuvo a punto de ser abandonado por la Compañía, “proscrito por algunos como instructor de peligrosas novedades”.¹²

El mismo Clavigero, cuando en 1756 fue nombrado prefecto de alumnos en el colegio de San Ildefonso, habiendo advertido “que le sería arduo y peligroso si intentara eliminar ciertas costumbres que por ese tiempo se habían arraigado en los colegios, creyó más oportuno callar enteramente y no introducir novedad alguna”. Envió, pues, al superior un escrito en el cual exponía el método que él juzgaba que debía sostenerse en la educación de los jóvenes, y manifestaba su dolor por que “conociendo el recto camino y deseando ir por él, sin embargo era obligado a seguir otro que de ninguna manera conducía a la meta

¹⁰ Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, pp. 123-127.

¹¹ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, p. 26.

¹² *Ibid*, p. 23.

propuesta". El provincial lo relevó del cargo y alabó la rectitud de sus juicios y su discretísima prudencia.¹³

Castro, más indeciso y escrupuloso que Campoy y Clavigero, por la obediencia que le imponía su estado debió adoptar una prudente posición de silencio y espera, "y dejar las cosas en el mismo estado en que las recibí de mis mayores",¹⁴ aunque no necesariamente de renuncia, como lo demuestran las cartas latinas y castellanas que escribió a su hermano Miguel, también alumno jesuita, de cuyos estudios se constituyó mentor.¹⁵ Le dice en una de ellas, fechada el 22 de febrero de 1762, a propósito de sus estudios de Filosofía:

Ciertamente, hermano mío, que, como dice en una de sus epístolas nuestro Padre General Visconti, ya el mundo filosófico está en un estado que no puede ignorarlo un buen jesuita sin desdorar un poco el buen nombre que nos dejaron nuestros antepasados. Nos burlarán un día si nos contentamos con sólo lo que se disputaba ahora hace mil años.¹⁶

Le recomienda entregarse "recio a los philosophos" y "hacerse cargo del estado de la Philosophía de un modo histórico", "saber cómo anda el mundo acerca de opiniones. Quién es Descartes, quién Gassendi, quién Newton... quiénes fueron los philosophos antiguos". Para este propósito le recomienda la *Historia Philosophiae* de Stanley o "un Musschembroek", el introductor de las doctrinas de Newton en Holanda; y, si no encuentra estos libros, promete enviarle algún otro autor "que le abra los ojos", aunque no duda que ya Feijóo se los habrá abierto. Le previene que hay falsedades en los modernos, pero le confiesa que hay también cosas excelentes y un mejor método; y le aconseja leer al cardenal Ptolomey, a Purchot y a Duhamel, y, para satisfacer sus inquietudes por las Matemáticas, estudiar a Jaquet.

¹³ *Ibid.*, pp. 135-137.

¹⁴ Palabras de la "Initio" de su curso dictado en Querétaro, citadas por Miguel Valle Pimentel, *Op. Cit.*, p. 124.

¹⁵ Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, Apéndice III: Correspondencia.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 246-248.

Esta doble actitud, en la cátedra y en las relaciones académicas personales, con las diferencias de grado que puede haber, tiene también su equivalencia en Clavigero: recuérdese que, en relación con el sistema cosmológico copernicano, una es la opinión que expresa en su *Cursus Philosophicus*, y otra la que se deduce de su correspondencia personal con algunos amigos.¹⁷

Fruto de la cátedra de Filosofía que Castro impartió en Querétaro es el *Curso de Artes* que ahí redactó y que, según el bibliógrafo jesuita Sommervogel, existe en la biblioteca de esa ciudad,¹⁸ aunque nadie lo ha visto. El descubrimiento y el estudio de este curso nos podría mostrar el alcance verdadero de la enseñanza de Castro.

Sin embargo, la Filosofía no fue la preocupación intelectual más importante de nuestro jesuita. Podríamos decir que su curiosidad fue universal. De niño y adolescente dedicó tiempo y atención a las Matemáticas y al dibujo; siempre le interesaron seriamente las lenguas antiguas y modernas: dominó el latín, traducía el griego, leía con fluidez el francés y el portugués y llegó a dominar el italiano; mostró interés por la Anatomía y la Física; llegó a adquirir conocimientos sólidos de Derecho; y fue constante en la lectura de la Teología y la Sagrada Escritura. Pero los estudios que mayormente lo atrajeron y que cultivó con mayor constancia fueron la Literatura y la Historia.

La oratoria, del púlpito y de la cátedra, era un género de gran estimación y de la mayor trascendencia. Maneiro cita varios discursos latinos pronunciados por Castro en el inicio o la clausura de los cursos o en alguna otra ocasión relacionada con la vida académica: en 1750 dijo en el colegio de Oaxaca una *Oratio de sapientium laude et dignitate*, cuyo tema fue la exaltación del mérito y la dignidad del sabio, encaminada a promover entre los jóvenes los estudios literarios. En 1753 o 1754 compuso una *Oratio de Artis Anatomicae necessitate* con motivo de la inauguración de una cátedra de Anatomía en el hospital poblano de San Pedro, que fue leída por otra persona. En Querétaro

¹⁷ Cfr. Navarro, Bernabé, *Op. Cit.*, pp. 233-234.

¹⁸ Cfr. Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, p. 125.

pronunció sendos discursos en el inicio y la conclusión del curso de Artes en 1756 y 1758. El tema del primero, como ya recordó Maneiro, fue el siguiente: España, al conservar a Aristóteles, ha sido muy prudente; pero será más afortunada si a Aristóteles junta los nuevos filósofos. El segundo tuvo como finalidad exponer el juicio que el maestro se había formado sobre el aprovechamiento de los alumnos. Se desconocen los títulos de ambos. Entre 1759 y 1761 dijo en el colegio de San Ildefonso de México una *Oratio pro instauratione Academiae de morum scientia*, en la cual trató de las ciencias y erudición necesarias para estudiar con provecho la teología moral. Valle Pimentel publica en su tesis la *Oratio de Artis Anatomicae necessitate*.¹⁹ Es una alocución breve -unas dos cuartillas- de correcto latín y sabor ciceroniano. Los otros discursos seguramente se han perdido. Maneiro exalta en todos los casos la elocuencia de Castro y la pureza y elegancia de su latín.

Por la oratoria sagrada, renglón fundamental en la formación y en el ejercicio ministerial de los jesuitas, Castro mostró siempre gran preocupación. Desde los años de estudio de las Humanidades había leído con suma atención a Cicerón y Quintiliano, los había meditado profundamente y se había esforzado por asimilarlos, “a tal grado”, asegura Maneiro, “que fueron siempre sus guías y maestros, y no abandonó su lectura ni aun en sus últimos años”. Había advertido, como algunos de sus compañeros, los “muchos vicios” que afeaban la oratoria de su tiempo. Estos oradores, pensaba, algunos de extraordinario talento, parece que alguna vez estudiaron el arte oratorio, pero se olvidaron de lo que aprendieron, “pues hablan en público en tal forma, como si no existieran leyes ningunas que rijan la forma de hablar”. Desde entonces se hizo el propósito de “formarse verdadero orador mediante los preceptos del arte oratorio”.²⁰ En cartas que dirige a su hermano Miguel encarece la importancia de la elocuencia en la lengua patria, y le señala esta disciplina como finalidad de sus lecturas de autores latinos.²¹

¹⁹ *Ibid*, pp. 272-273.

²⁰ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, pp. 67-68.

²¹ Citadas por Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, pp. 133-134.

Por el año de 1752, durante sus estudios de Teología, trabó amistad con Campoy y convivió también con Clavigero, Alegre, Abad, Galiano, Dávila y Cerdán, así como con José Julián Parreño, aquel otro gran promotor de la reforma en la oratoria sagrada. Poco tiempo después, en Puebla, cautivado por las singulares dotes intelectuales del anciano padre Solchaga, considerado uno de los grandes oradores de la Nueva España, llevó con él una amistad estrecha y fructífera. Diariamente se reunían en sabrosos y eruditos coloquios; Castro comunicaba con él sus proyectos, y a él entregaba para revisión los sermones que habría de predicar. Solchaga supo apreciar “su manera de exponer, deleitar y conmover, que no era trillada en absoluto, sino más bien novedosa”; y el joven jesuita era solicitado con frecuencia y aclamado por los angelopolitanos, que reconocían en la suya un insólito estilo de elocuencia.

Además de Cicerón y Quintiliano, estudiaba a otros retóricos antiguos, como Aristóteles, Hermógenes, Luciano y Longino; leía y meditaba las obras de los más elocuentes padres de la Iglesia; y, entre los modernos, sin discriminación, a los más selectos oradores españoles, franceses, italianos y portugueses, así como a los teóricos y críticos de la retórica. Entre los libros que guardaba en su aposento al tiempo de la expulsión, se hallaban volúmenes de Bossuet, Vieyra, Boileau, Rollin y Luzán; y en el Archivo de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús se encuentra una traducción parcial, del latín al castellano, de la Carta XVI del padre General Claudio Acquaviva a los provinciales de la Compañía “sobre algunos útiles avissos para formar predicadores”.²²

Maneiro, que lo trató con amistad y veneración, califica la oratoria de Castro en los términos siguientes:

mediante todos estos esfuerzos había llegado a tal perfección oratoria que justamente era contado entre los primeros de los jesuitas mexicanos; pues exponía las cosas con soltura, usaba un lenguaje purísimo, trataba el tema con gran erudición, y nunca se apartaba de la sagrada gravedad

²² *Ibid.*, p. 130.

propia del lugar. Además, poseía un timbre de voz limpio y sonoro, una agradabilísima elegancia de rostro, una digna modestia en el porte, una admirable e innata facilidad para tratar todos los temas, aunque quizá fuese un poco más abundante de lo que convenía...

Una sola cosa se podría reprochar justificadamente a Castro tanto al hablar como al escribir: que no se mantenía siempre a la misma altura, y algunas veces decaía de la elevación de las palabras. Mas esto no debe atribuirse en modo alguno a pobreza de su inteligencia, que no supiera tratar sublimemente las cosas sublimes, sino a que concedía más de lo justo a la claridad del estilo; a que buscaba con exageración lo natural; a que artificiosamente, por decirlo así, huía el artificio.²³

Ya se ve que Maneiro habla de un orador situado en los antípodas de la oratoria usual en la Nueva España durante la primera mitad del siglo XVIII, y señala algunos de los rasgos principales del estilo neoclásico.

Seis u ocho volúmenes de sermones, ahora perdidos, dejó en México. El biógrafo lamenta que no les haya dado una redacción definitiva y no se hayan impreso.

La inclinación de Castro por los estudios históricos fue una afición muy señalada y duradera. Su universal curiosidad lo llevó a investigar el pasado de las ciudades donde residió y de los lugares que visitaba. Se instruía acerca de los grupos indígenas y de sus lenguas y costumbres, de los productos naturales, de la economía; investigaba con interés en los archivos; recogía noticias acerca de los primeros pobladores españoles; estudiaba el desarrollo de las instituciones; y mantenía correspondencia erudita con personas diversas. Es bien sabido que, por su erudición y sobriedad intelectual reconocidas, a él acudieron Clavigero y Alegre cuando componían sus obras históricas; y el mismo Maneiro confiesa que Castro le brindó ayuda generosa en la elaboración de sus biografías, y que aun revisó la obra en su conjunto. Valle Pimentel supone que Castro fue aquel amigo anónimo, mencionado en la biografía, que impulsó a Clavigero a elaborar su

²³ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, pp. 95-96.

Historia antigua de México, y a quien éste, una vez terminada, la sometió para su corrección.²⁴ El manuscrito de la *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, de Alegre, que se conserva en la Universidad de Texas, contiene anotaciones autógrafas de Castro, en las cuales propone cambios o sugiere más amplio desarrollo de algunos puntos.²⁵

Él, por su parte, redactó algunos escritos e inició algunas obras de índole histórica. En los años 1750-1751 compuso en latín una descripción de las ruinas de Mitla: *Mictlenses reliquiae in Zapotechis*; y en 1755, también en latín, una descripción de la fortaleza indígena de Huatusco, que Beristáin afirma que estaba también en verso: *Descriptio Arcis Huatuscorum*. De su estancia en la Universidad de Mérida es una *Historia de las encomiendas de Yucatán*, citada por Maneiro y actualmente perdida, en la cual estudiaba el desarrollo de esta institución en la península desde los tiempos de la conquista. Y probaba, dice el biógrafo, “mediante una serie de hechos cómo se había perpetuado ahí hasta esa época con enorme bien, no sólo de los patronos sino de los servidores, y con muy unánime consentimiento de ambos; aunque en otras provincias había desaparecido a causa de una administración diferente de las cosas” (Afirmaciones que provocan desconfianza y ameritan un severo análisis).

En 1767, a instancias de los regidores de Córdoba, emprendió la composición de una historia bilingüe de su ciudad natal. Comenta el biógrafo que ya había recogido en borradores muchos documentos para la composición de la historia y “había empezado la obra, a dos columnas correspondientes entre sí, latina y castellana, cuando, expulsada de México la Compañía, dejó inconclusa la obra”. Después de la muerte de sus grandes amigos Campoy, Alegre y Clavigero, emprendió la composición de sus semblanzas. La del primero no la terminó, agobiado por innumerables asuntos. En cuanto a la de Alegre, a quien había conocido desde niño y había tratado largo tiempo, la dejó terminada; y Beristáin la da como impresa en Italia, sin mencionar

²⁴ *Ibid*, p.145.

²⁵ *Ibid*, pp. 145-146.

ciudad ni fecha. De Clavigero compuso un elogio fúnebre en los días inmediatos a su muerte, que fue publicado en las gacetas de Florencia, como ya dije, y también en las de Madrid y Bolonia.²⁶ "Tiempo después", apunta Maneiro, "entregó terminada una semblanza", cuyo paradero se desconoce y que Beristáin asienta como impresa en 1787, "fuente de la cual -son palabras del biógrafo- nosotros sacamos muchos datos al escribir sobre Clavigero".²⁷

Castro dio muestras muy pronto de una decidida vocación por las letras; en ellas se formó sólidamente y nunca abandonó su ejercicio. En efecto, las cultivó de maneras diversas: traducciones, obras de creación, estudios teóricos e históricos, escritos de divulgación.

Como todos sus compañeros renovadores, Castro se esforzó por adquirir un dominio pleno de la lengua latina. Los escritos que se conservan demuestran que la conoció a fondo y que la ejercitó hasta lograr un manejo competente de ella. Reconoce la importancia de esta lengua como instrumento universal de cultura, como vehículo por el cual los escritores clásicos, paganos y cristianos, ejercen su magisterio, y como medio, el más eficaz, de conocer los secretos de nuestra propia lengua y su literatura. No otorga importancia semejante al griego. Desconocemos cómo se inició él mismo en esta lengua; tal vez, como Clavigero y Alegre, la estudió en forma particular con el auxilio de alguno de los jesuitas extranjeros. De la lectura de su biografía y sus escritos parece desprenderse que con el tiempo fue reconociendo el papel primordial de esta lengua y de los escritores helenos. En una carta que escribió en febrero de 1763 a su hermano Miguel, entonces estudiante de Filosofía, le recomienda que difiera el estudio del griego y se aplique al del italiano y el francés.²⁸ Ya en los años del exilio, por mandato del provincial José Utrera, elaboró la constitución y los estatutos de una universidad que se establecería para los jesuitas mexicanos. Como entre otras cosas recomendaba con suma insistencia la utilidad de la lengua griega, fueron escogidos

²⁶ Cfr. Ronan, S. J., Charles E., *Op. Cit.*, *Loc. Cit.*

²⁷ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, p. 103.

²⁸ Transcrita por Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, pp. 247-248.

algunos jóvenes mexicanos para que bajo la dirección del P. José Petisco, jesuita de la provincia de Castilla, “varón preclaro por muchos títulos y peritísimo en esas letras”, fueran instruidos en la lengua griega.²⁹

Por ese mismo tiempo, según asienta el biógrafo: escribió una narración histórica sobre el estudio de la lengua griega en la Nueva España, cuyos fundamentos enseñaron muchos maestros en la Universidad de México, entre los cuales ocupó el primer lugar Martín Castillo, monje franciscano, quien además compuso de su propio ingenio una Gramática griega y propagó entre los jóvenes de su tiempo el utilísimo estudio de las letras griegas.³⁰

No podemos menos que lamentar la pérdida de este trabajo del jesuita cordobés, aun cuando, podada la hipérbole y la apología frecuentes en el biógrafo, no hubieran sido más que unos apuntes o un ensayo inconcluso, pues en la historia de nuestro helenismo apenas se han hecho pequeñas calas.

Entre 1750 y 1751, durante su estancia en Oaxaca, Castro realizó su primer trabajo de traducción: virtió el “Títiro” de Virgilio en exámetros castellanos, “nuevo género de verso español”, comenta Maneiro, “que, ensayado por Rengifo apenas ligeramente, juzgaba podría ser perfeccionado por algún feliz ingenio y puesto en aplicación”. El biógrafo no menciona otros trabajos de esta índole emprendidos por Castro hasta antes del exilio; tampoco se encuentra referencia precisa en el índice de los documentos encontrados en su celda; pero me parece indudable que debió trabajar otros poemas, por razón de los proyectos que meditaba. En Italia prosiguió esta labor: tradujo en verso “casi palabra por palabra, con una propiedad y perfección no fácilmente imitable”, la obra completa de Fedro; le añadió anotaciones amplias y eruditas y le puso un prefacio “en que expone magníficamente el ingenioso método de sus traducciones y

²⁹ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, p. 100.

³⁰ *Ibid*, p. 99.

narra muchas cosas sobre la vida de Fedro y sobre la diversa opinión, según el tiempo, acerca de sus fábulas". Maneiro, que sin duda conoció este trabajo, añade:

En lo que respecta a la pureza del castellano y a la armonía del verso, ciertamente no faltaba ahí nada... En verdad no hemos visto a nadie que tradujera de una lengua a otra las cosas más difíciles con facilidad igual a la suya, de tal manera que casi no se leía en el autor una palabra a la que no correspondiera en la versión otra enteramente semejante.³¹

En verso también y con calidades semejantes hizo la traducción de *Las Troyanas* de Séneca. Hay en este trabajo, según comenta Maneiro: "algunos pasajes que imitan el metro latino del autor: lo que Castro hizo con el ánimo de mostrar claramente a todos... que alguna vez se puede cantar en español con metros más completos que aquellos en que hasta ahora han cantado nuestros poetas".

Es interesante, para juzgar del criterio literario de Castro, considerar la observación que agrega el biógrafo:

y tradujo *Las Troyanas*, no porque creyera que este trágico -varón ciertamente elogiado por su talento en algunos aspectos- debía ser propuesto para imitación, sino porque había pensado traducir la tragedia similar de Eurípides, y demostrar palmariamente, con la comparación de las dos versiones, que los trágicos y cómicos españoles se apartaron del buen gusto precisamente porque habían descuidado los modelos griegos y se habían puesto a imitar a Séneca, tan adornado de grandes virtudes como lleno de iguales vicios.³²

Imposible conocer las conclusiones a que había llegado Castro, después de muchas lecturas y larga reflexión, sobre las prosodias latina y española y sobre la debatida cuestión de la posibilidad de adaptar los metros latinos a nuestra lengua. Éstas ocuparían sin duda un lugar destacado junto a las teorías métricas de Luzán y Masdeu.

³¹ *Ibid*, p. 105.

³² *Ibid*, pp. 105-106.

Maneiro, como ya dije, cultivó una estrecha amistad con Castro y lo frecuentó durante el exilio. Confiesa su admiración por la sabiduría y laboriosidad del maestro. Cuenta que durante los últimos años de su vida compuso numerosos trabajos literarios a costa de muchas fatigas y vigili­as, que él conoció y leyó con gran placer. En cuanto a otras traducciones escribe:

Tenía un paquete de papeles, de no reducido tamaño, en el cual recogía desordenadamente aquellos versos que componía sobre diversos temas, según se presentaba la ocasión. Ahí, entre otras cosas, se podían encontrar, traducidos al castellano por él, algunas sátiras de Boileau, muchas de Juvenal, otras de Horacio; también algunas odas de Anacreonte y las dos que quedan de la poetisa Safo; e igualmente muchos pasajes de Virgilio, Hesiodo, Milton, Young, Pope, Osián, Gesner y otros ilustres autores. Pues no consideró nada tan importante como traducir al español aquellos lugares que más le agradaban en cualquier excelente escritor, fuera orador, poeta o historiador; lo que hacía, ora con el fin de demostrar que no le faltaba en modo alguno a nuestra lengua majestad, hermosura y riqueza, ora para ofrecer a sus conciudadanos en la lengua patria aquellas bellezas encontradas en los autores extranjeros.³³

El énfasis dado al aprendizaje del latín en los planes de estudio, el uso obligatorio de esta lengua en cursos y textos, y el afán de los autores por escribir en un idioma de alcance universal, pueden falsear nuestro juicio acerca del pensamiento de nuestros escritores del siglo XVIII sobre el estudio del castellano y el cultivo de las letras en esta lengua. Muchos pasajes de la biografía y de los escritos de Castro - algunos ya mencionados- manifiestan que él reconocía la necesidad primaria del estudio de la lengua castellana y del conocimiento de su literatura, y que señalaba como uno de los frutos más provechosos de los cursos de latinidad, el que los alumnos podían avanzar con paso más seguro en el dominio de la lengua propia y en el juicio de las obras literarias. Junto al estudio de los autores y teóricos griegos y

³³ *Ibid*, p. 106.

latinos recomienda la lectura concienzuda de los escritores clásicos españoles: fray Luis de Granada, fray Luis de León, Antonio de Solís, Rivadeneira, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Quevedo. Y, junto a ellos, Mayáns y Luzán. Góngora, por supuesto, queda completamente proscrito.³⁴

El mismo Castro, durante sus estudios de Teología, según el testimonio de Maneiro, se había aplicado al conocimiento de las obras más valiosas de la literatura española:

Como suele suceder, en el Seminario se habían juntado muchos alumnos ávidamente deseosos de erudición, a quienes se agregó Castro. Se reunían a diario en determinadas horas para leer los libros españoles de gusto refinado, con lo cual ocupaban útilmente el tiempo, se formaban un recto juicio en las letras y se perfeccionaban en la lengua patria. Y en estas reuniones, prolongadas durante tres años, Castro aseguraba haber leído casi todo lo mejor y más exquisito que hasta esos tiempos habían legado a la posteridad los españoles en su idioma patrio.³⁵

Es claro que estas lecturas no cesaron con el curso de Teología; Castro debió continuarlas hasta sus últimos años, pues así lo requerían los dos grandes proyectos de su labor literaria: la *Cortesiada*, un gran poema épico sobre la conquista y evangelización de México, y un tratado de prosodia española, que él consideraba “su obra”, y que Maneiro califica de verdaderamente áurea y original. Más de cuarenta años trabajó en estos proyectos, que constituyeron el centro verdadero de su labor intelectual y dieron unidad a sus tareas. Castro había concebido el plan de la *Cortesiada* desde los años en que cursaba Humanidades, y llegó a elaborar el plan general de la obra, que debía constar de dieciocho libros. En México ensayó la composición de los dos primeros, y en Italia concluyó uno. No desistió de su propósito hasta que, ya en sus últimos años, debió reconocer que “Calíope no suele favorecer las canas”. En cuanto a la *Prosodia*, Maneiro confiesa

³⁴ Cfr. Valle Pimentel, Miguel, *Op. Cit.*, p. 129 y ss., 142 y ss.

³⁵ Maneiro, Juan Luis y Manuel Fabri, *Op. Cit.*, pp. 64 - 65.

que él la vio terminada: gran parte del libro estaba ya puesta en limpio; el resto se encontraba en borradores, “para cuya última corrección no le sobró vida al autor”.

Pero estos proyectos y otras fatigas literarias de Agustín Pablo de Castro deben ser tema de otro trabajo.

A menudo se reprochó a Castro que iniciara muchas obras y no les diera fin. Éste fue sin duda uno de sus defectos. Pero, concluidos o sólo iniciados, la pérdida del conjunto de sus escritos es otro lamentable vacío en la historia de nuestra cultura.

Recibido: 5 de septiembre del 2001

Aceptado: 12 de junio del 2002

